

del Cantar de los cantares. Aun en la *Canción á Cristo crucificado*, que tiene cosas admirables, se descubre la huella de ajena mano. Sin negar del todo que pertenezca á nuestro poeta, no podemos persuadirnos á que sean suyos rasgos como el siguiente:

Y si esperamos, luégo
De aquí á bien poco le acertará un ciego,

con otros varios en que se advierte gusto bien diferente del purísimo que le caracteriza. El Sr. Menéndez Pelayo en su *Horacio en España* afirma resueltamente que la *Canción á Cristo Crucificado* es de Miguel Sánchez, y se inclina á creer que otras poesías que corren con nombre de Fr. Luis pertenecen á su sobrino Fr. Basilio Ponce de León. ¿No pudieran ser algunas debidas al numen del P. Hernando de Camargo, apreciableísimo poeta Agustiniiano contemporáneo de Fr. Basilio, y autor de un notable poema, no tan conocido como merece, acerca de la vida de S. Nicolás de Tolentino (1)?

(1) En la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla se han dado á luz poesías inéditas de Fr. Luis de León, no indignas de él ciertamente; pero de cuya autenticidad no sabemos qué seguridad podrán darnos los códices de donde se tomaron. Las recogidas por el P. Méndez se publicaron como curiosidad en *La Revista Agustiniiana*. La presente colección sólo comprende las universalmente reconocidas como genuinas, y entre las dudosas, las que el P. Merino juzgó en su autorizado criterio que podían atribuirse á Fr. Luis sin mengua de su alto renombre literario.

En su larga prisión buscaba consuelo el cristiano vate en el cultivo de la poesía. Allí compuso la hermosísima que comienza

Virgen que el sol más pura.

Allí, en la parte interior del pergamino de las obras de S. Jerónimo, dejó escritas muchas octavas reales, ininteligibles por la mala tinta. Suponen los que las leyeron que eran principio de un poema épico sobre alguna de las batallas de Alfonso VI. El P. Merino copia lo que pudo leerse de la primera octava, que dice así:

Dime, Musa, las armas, los varones
Que en los pasados tiempos florecieron,
Cuando con los castillos los leones
.....
Cuando con Almenón mil escuadrones
..... descendieron
Por se librar del brazo soberano
Del Rey Alfonso altivo Toledano.

Mas dejando aparte, en gracia de los lectores, investigaciones de este género, que necesitarían más espacio y más ingenio, paso, no á recomendar las obras del insigne Agustino, que no necesitan de recomendación, y menos de la mía; sino á expresar en breves palabras la impresión que en mi ánimo ha causado su lectura.

Difícil es escoger entre sus hermosos libros, todos llenos de riquezas de fondo y forma, lo mismo bajo el aspecto religioso que bajo el literario; pero los que gozan de más fama son *Los Nombres de Cristo*, (1) *La Perfecta Casada*, el más popular de todos, la *Exposición del Libro de Job* y las *Poemas*. El espíritu profundamente religioso y altamente místico de Fr. Luis se refleja en ellos de tal modo, que bien puede decirse que son el retrato de su alma. Al leer las sabrosas páginas del primero, llenas de apacible suavidad, dulces como la miel, tranquilas como el curso de la fuente que pinta en su introducción, risueñas como la granja de las orillas del Tormes que tan galanamente describe, y pensar que aquellas consoladoras ideas, aquellas pintorescas descripciones y animados diálogos que, como dice Piferrer, hacen presentir los de Cervantes, se escribieron en un calabozo por un hombre perseguido y calumniado, no puede uno menos de admirar el temple viril, mejor dicho, la heroica serenidad de aquella alma que en tan amarga situación se entregaba á sonrientes imaginaciones, ó se abismaba en las profundidades de la teología, y tenía quietud de ánimo para contar las sílabas y letras, como él nos dice, á fin de redondear sus armoniosos periodos. De este dominio de sí mismo, de esta abstracción de las cosas de la tierra, dimana el sano y elevado misticismo que impregna sus libros todos, y les hace tan

(1) Entre los papeles inéditos del Bto. Alonso de Orozco conservados en este Colegio hay uno que versa acerca de *Los nombres de Cristo*. Si, como algunos creen, es histórica la conversación que dió margen al peregrino libro de Fr. Luis, y él fué uno de los interlocutores, ¿no podría dar fundamento este dato para suponer que fuera otro el Bto. Orozco? Sería curioso averiguarlo. En tal caso, Fr. Luis sería Juliano, y el Beato Orozco Marcelo, ó vice-versa. Si Sabino no es persona de carne y hueso, hay que conceder á Fr. Luis una rara habilidad en que no se ha fijado la atención; la de haber sabido idear un carácter originalísimo é interesante.

agradables y provechosos para las almas cristianas. Sólo un corazón sincera y arraigadamente religioso puede hablar tan religiosamente. ¡Qué austera y grandiosa melancolía al pintar en su *Libro de Job* las miserias de la vida, el dolor del justo atribulado, la súbita muerte y las eternas penas que esperan al impío! ¡Qué dulzura al describir en los *Nombres de Cristo* los efectos de la paz en el alma, deducidos de la vista del cielo estrellado! ¡Qué amable ingenuidad al dar sus delicados consejos á la *Perfecta Casada*!

Fr. Luis de León, con iguales dotes religiosas que los demás grandes místicos españoles, supera sin embargo á todos en dos importantes cualidades: lo vasto de sus conocimientos científicos y lo esmerado de sus formas literarias. Su mística no es la sencilla y esencialmente popular de casi todos los demás: sus reflexiones van siempre engastadas en fondo de elevados conceptos teológicos y filosóficos y basadas en la exposición de algún libro de las Sagradas Escrituras, sin que por eso su lectura deje de ser de suma utilidad al pueblo; porque ha encontrado el secreto de familiarizar la ciencia, y hablar á la vez como sabio y como niño. Ninguno ahondó tanto como él en los misterios de la sabiduría y alzó á la vez tan alto el vuelo de la piedad; nadie armonizó por tan peregrina manera la inteligencia y el corazón, la razón y la fe: puede decirse que es el más filósofo de nuestros místicos y el más místico de nuestros filósofos (1). Por lo que toca á las formas literarias, con ser tan rico y ameno el vergel de nuestra literatura mística, nadie duda en adjudicar la palma al autor de *Los Nombres de Cristo*. Aquella gallardía de formas del lenguaje castellano, casi intuitiva en Granada, es ya reflexiva y fruto del arte y detenido estudio en León: él vindicó mejor que nadie la honra de nuestra hermosa lengua, *levantándola del descaimiento ordinario* y haciendo gala de su riqueza, de la pompa de sus expresiones y la rotundidad de sus períodos (2). De aquí precisamente nacen los leves

(1) De su mérito como filósofo trata extensamente el libro de mi querido hermano y compañero P. Fr. Marcelino Gutiérrez, titulado: *Fray Luis de León y la Filosofía española del siglo XVI*, que precedido de un prólogo del Ilmo. P. Cámara acaba de salir á luz.

(2) Conocida es la brillante defensa que hizo de nuestro idioma en la

defectos que en él han advertido los críticos, aquel prolongar más de lo debido sus períodos, acaballando las cláusulas, multiplicando los incidentes y dando con esto más de una vez á su estilo cierto modo de caminar lento y fatigoso. Mas esto que merece disculpa por nacer del generoso deseo de mostrar que nuestra lengua podía alcanzar la amplitud del rozagante período ciceroniano, no deja de tener su atractivo en el gran Maestro, pues como dice el Sr. Milá, parece que con tales dilaciones anda como acariciando y rodeando amorosamente el concepto. Esa misma vaguedad hace que resalte más la inesperada rapidez con que á veces desenvuelve una idea, los toques valientes, las pintorescas metáforas, las pinceladas de mano maestra con que sabe sorprender al lector sembrándolas oportunamente aun en los trozos de más aparente languidez. La prosa de León es en general tranquila y sosegada; al revés de la de Granada, por lo común ardiente y declamatoria. Ambos son elocuentes; pero Granada tiene la elocuencia del orador, y León la del escritor. Ambos se distinguen por la armonía; pero por distintos conceptos: la armonía de Granada es rotunda, la de León dulce; aquélla es el estrépito de los torrentes, ésta el blando rumor del arroyuelo, ó el suave aliento de la brisa que

Los árboles menean
Con un manso ruido.

Fr. Luis de Granada es el Herrera de la prosa; Fr. Luis de León es

introducción del libro III de los *Nombres de Cristo*. Y no dejaré pasar esta ocasión sin hacer notar que la escuela Agustiniiana fué la primera que salió por los fueros del idioma castellano. Casi tan conocida como la de Fr. Luis de León es la no menos enérgica y hermosa del Agustino Malón de Chaide en su tratado de *La Magdalena*. Fonseca siguió por el mismo camino á estas dos grandes lumbreras; pero á todos se adelantó el Beato Alonso de Orozco, que mucho antes que Fr. Luis de León habia hecho la apología de nuestro romance, según probó mi querido Maestro el Ilmo. P. Cámara en su *Discurso* pronunciado en la Velada literaria con que en 1882 solemnizó este Colegio Agustiniiano de Valladolid la beatificación de aquel siervo de Dios por Su Santidad León XIII.

El Bto. Orozco es escritor de gran mérito, y aunque citado con elogio en la mayor parte de las historias de nuestra literatura, no es tan conocido como debiera.

siempre el apacible cantor de *La vida del campo* escribiendo en prosa ó en verso. Por esto su estilo es más igual que el de Granada. Mas esta sencillez de los pormenores va maravillosamente hermanada con cierta grave solemnidad del conjunto, majestuoso y pausado como el andar de las matronas castellanas. El Maestro León es también uno de los autores que han dotado á su estilo de fisonomía tan propia y característica, realizada por aquel su sabroso decir de venerable arcaísmo, que ni puede confundirse con otro, ni hay quien sea capaz de imitarle.

Apenas puede hacerse capítulo aparte de sus poesías, porque Fr. Luis de León, aun escribiendo en prosa, es siempre poeta. Alma bucólica, sensible é idealista, complácese en sembrar de flores el camino de la virtud, canta las armonías de la naturaleza y la hermosura del Criador en ellas reflejada, gózase en las descripciones del campo, de los ríos y las fuentes, de la serenidad de los cielos, del espirar del sol, del despertar de la aurora, de cuanto bello presenta á nuestro ojos el magnífico cuadro de la creación. ¿Quién no ha saboreado con delicia las graciosas descripciones de *Los Nombres de Cristo*? ¿Quién no ha sentido plácido embeleso en aquella pintura que en *La Perfecta Casada* hace del niño en brazos de su madre? Ninguno de sus contemporáneos tenía tan alta idea como él de la poesía, que llamaba *cosa santa y comunicación del aliento celestial y divino*, destinada á *levantar á los hombres al cielo, de donde procede*. Los progresos de la estética moderna no han podido formular concepto más noble y elevado. Pues así como ninguno le igualó en la concepción estética, tampoco tuvo rival, ni después le ha tenido, en la expresión de la belleza. Un escritor extranjero, Mr. Rousselot, ha dicho que cuando Fr. Luis sea tan conocido como merece, se le considerará como uno de los primeros líricos, no sólo de España, sino del mundo (1); y no ha faltado escritor español, en cuyo parecer abundo, que le dé la palma entre todos los poetas líricos de Europa, antiguos y modernos. A lo menos nadie le igualó, como dice el Sr. Menéndez Pelayo, en

(1) *Les Mystiques espagnols*, en el capítulo dedicado á Fr. Luis de León como poeta.

el exquisito gusto con que supo hermanar la forma antigua con la idea nueva.

Fr. Luis, como todos los poetas de su época, imita, por lo común á Horacio; pero imita como saben hacerlo los grandes talentos, tomando no más la forma externa, y mejorando no pocas veces el original. En este sentido merece la calificación de horaciano que generalmente se le da; pero el fondo de su poesía se acerca más al vuelo místico de David que al filosofismo epicúreo del vate latino: suena allí más el arpa que la lira. Ticknor ha calificado con acierto a nuestro poeta llamándole *alma hebrea*.

Como en la prosa con Granada, es de rigor compararle en el verso con S. Juan de la Cruz. Ofrece con él cierta semejanza, hasta por las combinaciones líricas de que se valen; pero sus elementos poéticos son muy diferentes. S. Juan de la Cruz canta desde el cielo, entre el éxtasis del bienaventurado y los himnos de los ángeles; Fr. Luis de León canta con el espíritu mirando al cielo, pero con los piés aherrojados en la tierra, y su canto es doloroso como el suspiro del desterrado. Tal es el carácter de las poesías originales de Fr. Luis: el espectáculo de la *Noche serena* le sume en honda melancolía, y contemplando la hermosura del cielo y la tristeza de la tierra, exclama:

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

Si en la Oda á la *Ascensión del Señor* contempla al Salvador arrebatado en la *nube envidiosa*, despídese llorando del objeto de su amor con aquella exclamación tan sentida:

¡Cuán tristes y cuán ciegos; ay! nos dejas!

Él sigue con los ojos á María en su Asunción y desea *asirse á su manto para subir con ella al monte santo*: se solaza con su amigo Felipe Ruiz diciendo:

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo?

al describir la *alma región luciente* y el *prado de bienandanza*, suspira su alma por conocer dónde seeste el dulce Esposo para volar á su lado *desutada de esta prisión á donde padece*; y aun extasiándose con el divino son de la música de Salinas, dice:

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
Durase en tu reposo
Sin ser restituido
Jamás á aqúeste bajo y vil sentido!

En una palabra: la poesía de Fr. Luis se distingue por lo que pudiéramos llamar *nostalgia del cielo*. Alguien ha dicho que en este *valle de lágrimas* es más simpático al corazón el dolor que la alegría: por eso las poesías de Fr. Luis de León hieren más hondamente el alma que las de S. Juan de la Cruz.

Pero aunque tal es su carácter más señalado, no es exclusivo: cantó también la apacible vida del campo y las excelencias de la virtud y los triunfos y las desventuras de la patria. Su musa, de ordinario sencilla y apacible, sabe lanzar en las odas patrióticas sonidos robustos y de tan vigorosa entonación como la celebrada estrofa de la *Profecía del Tajo*:

Acude, acorre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Tarea interminable sería analizar las innumerables bellezas encerradas en tan pequeño volumen, y tanto más admirables cuanto que envueltas en forma sencillísima, y hasta no pocas veces desaliñada, parecen desparramadas al descuido, como *caídas de entre las manos*, según la pintoresca expresión del ilustre poeta. Esta ingenuidad es lo que hace más simpáticas sus poesías, que tienen el mérito rarísimo de ser bellas sin parecerlo. No ménos difícil es designar la más hermosa, por la dificultad de escoger cuando todo es bueno; mas por la honda mella que hace en el alma, damos como el Sr. Escandón la preferencia á *La noche serena*, llena de raptó lírico, impregnada de sentimiento cristiano, cuajada de

elevados conceptos, y donde más vivamente dejó estampada Fray Luis su propia personalidad y lo original de su estro poético.

Mil plácemes á la *Real Compañía de Impresores y Libreros de Reino* que ha tenido la feliz idea de propagar en su pristina pureza las obras del soberano ingenio cuya prosa juzgaba Nicolás Antonio la mejor de la lengua española, cuyos versos publicaba Quedo para restaurar la poesía castellana estragada por el gongorismo; del sabio con cuya amistad se honraban Arias Montano y Sánchez de las Brozas; del escritor y poeta á quien Lope de Vega llamaba *gloria augusta de Augustino* y el honor de la lengua castellana, y á quien Cervantes *reverenciaba, adoraba y seguía*; pero más que todo del insigne varón modelo de sólidas virtudes á quien los cronistas Agustinianos dan el título de VENERABLE PADRE FRAY LUIS DE LEÓN.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ,
Agustiniano.

• Valladolid, Colegio de Agustinos Filipinos, 15 de Diciembre de 1884.